

CANTO TREINTA.

COMO AVIENDO ORDENADO EL NUEVO GENERAL A SUS  
*soldados, se fue á despedir de Luzcoija, y batalla que tuuo  
con los Españoles, y cosas que en ella sucedieron.*

QUANDO contra razon se enciende el hombre,  
Y fuerça à su apetito à que se incline,  
A emprender vna cosa que es fin traza,  
Con que facilidad aduierde y nota,  
Lo que es en pro, y en contra de aquel hecho,  
Que asì quiere emprender contra justicia,  
Temiendo pues Gicombo, y tracendiendo,  
Como prudente, diestro y recatado,  
Que allí Zutacapan y todo el pueblo,  
Iuntos al mejor tiempo le faltasen,  
Hizo comprometiesen y jurasen,  
Segun sus leyes, ritos, y costumbres,  
Asì como Anibal jurò en las haras,  
Y altares de sus dioses, que enemigo,  
Mortal feria siempre, de Romanos,  
Que asì inuiolablemente guardarian,  
Con grandes penas, vinculos y fuerças,  
Las condiciones puestas y asentadas,  
Hecha la cerimonia y celebrado,  
El vil supersticioso juramento,

Fue

Fue por su propria mano allí escogiendo,  
Quinientos brauos baruaros guerreros,  
Y en vna gran caberna todos juntos,  
Que por naturaleza estaua hecha,  
Cerca de las dos çanjas que hemos dicho,  
Mandò que se metiessen con intento,  
Que luego que los vuestros la passasen,  
Saliessen de emboscada, y allí juntos,  
A todos fin las vidas los dejafen,  
Y luego que vbo puesto y encargado,  
Al brauo Bempol, Chumpo, y Zutancalpo,  
A Calpo, y à Buzcoico, y à Ezmicaio,  
A cada qual fu esquadra bien formada,  
Para mejor meternos en sus manos,  
Con discreto recato dio à entendernos,  
Que estaua todo el pueblo despoblado,  
Y al tiempo que traspuso el Sol luziente,  
Y los opacos cuerpos apagados,  
Tenian ya sus sombras y en silencio,  
Quedaron los viuientes sossegados,  
Salio del mar la noche presurosa,  
Emboluiendo la tierra en negro velo,  
Y antes que las Estrellas traspufiessen,  
El poderoso curso que lleuauan,  
A despedirse fue de su Luzcoija,  
Que esperandole estaua en aquel puesto,  
Donde quiso dejarla mal herida,  
De la fuerça de amor que la abrafaua,  
Y asì como le vido lastimada,  
Qual simple tortolilla que perdida,  
La dulce compaõia no se asienta,  
En los floridos ramos ni reposa,  
Si no es en troncos secos deshojados,  
Buelta qual madre tierna que contino,  
Al hijo regalado trae colgado,  
Del cristalino cuello, y encendida,  
Con el se defentraña y se derrite,

En



*De la nueva Mexico,*

En amoroso fuego, y se deshaze,  
Vencida de su amor así la pobre,  
Derramando de lagrimas dos fuentes,  
Allí soltó la voz desalentada,  
Si el grato y limpio amor que te he tenido,  
Amandote mil veces mas que al alma,  
Merece que me des algún alivio,  
Suplicote señor que no permitas,  
Que venga en flor tan tierna à marchitarse,  
La que entender me has dado que fue siempre,  
Para ti mas gustosa, grata y bella,  
Que la vida que viues, y que alcanças,  
Por cuiá cara prenda te suplico,  
Que si vienes señor para boluerte,  
Que el alma aquí me arranques, que no es justo,  
Que viua yo sin ti tan sola vn hora,  
Y así la voz suspensa, colocando,  
Aguardando respuesta fue diciendo,  
El afligido baruario señora,  
Juro por la belleza de esos ojos,  
Que son descanso y lumbre de los míos,  
Y por aquellos labios con que cubres,  
Las orientales perlas regaladas,  
Y por aquellas blandas manos bellas,  
Que en tan dulce prisión me tienen puesto,  
Que ya no me es posible que me escufe,  
De entrar en la batalla contra España,  
Por cuiá causa es fuerza que te alientes,  
Y que también me esfuerces, porque buelua,  
Aquella triste alma à solo verte,  
Que aunque es verdad que teme de perderte,  
Firme esperanza tiene de gozarte,  
Y aunque mil veces muera te prometo,  
De boluer luego à verte y consolarte,  
Y porque así querido amor lo entiendas,  
El alma y corazón te dexo en prendas,  
Y así se despidio porque venia,

La

*Canto Treynnta*

156

La luz de la mañana ya rayando,  
Y entrando en la caberna con los fuyos,  
Entrò luego la luz, y fue bordando,  
De ricos arreboles todo el Cielo,  
En cuió tiempo fuerte y coiuntura,  
Diziendo Missa el Padre fray Alonso,  
La fiesta de su nombre celebraua,  
Y auendonos à todos comulgado,  
Del Altar se boluio y así nos dixo,  
Caualleros de Christo valerosos,  
Y de nuestra ley santa defensores,  
No tengo que encargaros à la Iglesia,  
Pues como nobles hijos auays siempre,  
Preciados de serbirla y respetarla,  
Por Iesu Christo pido, y os suplico,  
Y por su sangre santa que se enfrenen,  
En verter la que alcança el enemigo,  
Los agudos cuchillos lo posible,  
Que aquese es el valor de Castellanos,  
Vencer sin sangre y muerte, al que acometen,  
Y pues à Dios lleuais en vuestras almas,  
A todos os vendiga y os alcance,  
Su mano poderosa, y yo en su nombre,  
A todos os vendigo, y alcançada,  
La vendicion del Padre Religioso,  
Al alto passaman subimos luego,  
Donde todos notamos desde afuera,  
Que el pueblo despoblado todo estaua,  
Y que anima viuiete no se via,  
Por cuiá causa luego las dos çanjas,  
Del fuerte passaman passaron treze,  
Sin orden ni permiso del Sargento,  
Y no bien todos juntos ocuparon,  
Los terminos vedados, quando luego,  
De la horrible caberna fue embistiendo,  
El valiente Gicombo rebramando,  
Y qual el vallenato que herido,

Del



*De la nueva Mexico,*

Del aspero harpon y hierro brauo,  
Vn humo espeso de agua en alto esparce,  
Y azota con la cola el mar y hiende,  
Por vna y otra parte sobre aguando,  
El espacioso lomo y desabrido,  
Bufando y sin sosiego va haziendo,  
Mil remolinos de agua afsi sañudo,  
Las poderosas armas lebandadas,  
Con todos embistio y fue rompiendo,  
Y viendo al enemigo tan à pique,  
Los nuestros todos juntos dispararon,  
Los prestos arcabuzes, y aunque à muchos,  
Por tierra derribaron, fueles fuerça,  
Por no poderles dar segunda carga,  
Venir à las espadas y rebueltos,  
Los vnos con los otros, no pudimos,  
Darles ningun socorro, porque auian,  
Lleuado aquel madero que subieron,  
A la segunda çanja, y no notaron,  
Dejauan sin passage à la primera,  
Y afsi todos rebueltos en confusso,  
Soterrando las dagas, y los filos,  
De las viuas espadas grande gifa,  
De miserables cuerpos destrozados,  
Y vn matadero horrendo ya tenian,  
Y afsi soberuios, brauos, encendidos,  
Alli los dos hermanos valerosos,  
Christoual Sanchez, y Francisco Sanchez,  
Y el Capitan Quesada, y Iuan Piñero,  
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,  
Cordero, Iuan Rodriguez, y Pedraza,  
Afsi como los dedos de la mano,  
Que siendo desiguales se emparejan,  
Los vnos con los otros y se ajustan,  
Quando cerrado el puño despedaçan,  
Alguna cosa fuerte y la destrozan,  
Afsi conformes todos se aunaron,

Los

*Canto Treynta*

157

Los vnos con los otros y embistieron,  
Y abriendo grandes fuentes derramaron,  
Por los baruaros pechos y costados,  
Ojos, cabeças, piernas, y gargantas,  
De fresca sangre arroyos caudalosos,  
Por cuias brauas bocas espantosas,  
Las almas temerosas presta fuga,  
Yuan haziendo todas por no verse,  
En manos tan soberuias, y tras desto,  
Carrasco, Isasti, Casas, Montefinos,  
Hasta los codos rojas las espadas,  
Los poderosos braços exercian,  
Hasta que Zutancalpo, y gran Buzcoico,  
Entraron de refresco y retiraron,  
A vuestros Españoles con tal fuerça,  
Que arrinconados todos à vn repecho,  
Que estaua vn tanto hondo y reparado,  
De la fuerça de piedra que sobre ellos,  
Sin lastimar à nadie descargauan,  
Con priessa tan sobrada que enterrados,  
Alli quedaron todos sin remedio,  
Viendo pues zozobrada y anegada,  
Aquella nauecilla el brauo joben,  
A grandes voces dixo que vn madero,  
Al punto se subiese y se guindase,  
Oyendo pues aquesto retireme,  
Porque entendi señor que à mi dezia,  
Cosa de nueue passos, y qual Curcio,  
Casi desesperado fue embistiendo,  
Aquella primer çanja, y el Sargento,  
Pensando que pedazos me haria,  
Afsiome del adarga, y si no fuesla,  
Sin duda fuera aquel el postrer tiento,  
Que diera à la fortuna yo en mi vida,  
Mas por largarme presto fui alentando,  
La fuerça de aquel salto de manera,  
Que al fin saluè la çanja y el madero,

J 4

No



No libre de temor y de rezelo,  
Fuy como mejor pude alli arrastrando,  
Y puesto en el passage los dos puestos,  
Passaron con presteza alli los vuestros,  
Y apenas el clarin alto tocaron,  
Quando de aquel repecho donde estauan,  
Nuestros caros amigos soterrados,  
Iuntos salieron todos, qual es fuerça,  
Que al son de la trompeta se lebanten,  
El dia de la cuenta postrimera,  
De sus sepulcros todos los difuntos,  
Y viendo afsi la plaça que perdida,  
Estaua por nosotros ya ganada,  
Rebentando de empacho y corrimiento,  
Como encendidas brasas que enterradas,  
De las cenizas salen abrasando,  
Afsi furiosos, viuos, desembueltos,  
Mas fieros que brauissimos leones,  
Arremetieron todos ayudados,  
Del Capitan Romero, y Iuan Velarde,  
Carabajal, Bañuelos, y Archuleta,  
De Lorenço Salado, y de Zubia,  
Y de otros muchos nobles Españoles,  
Que à diestro y à siniestro despachauan,  
Idolatrás apriesa desta vida,  
Por cuiá causa el fuerte Zutancalpo,  
Con el brauo Gicombo, y con Buzcoico,  
Qual fuele el mar rebuelto y alterado,  
Heruir por todas partes lebantando,  
Valientes cumbres de agua, y cimas brauas,  
Bañando el alto Cielo, y que soberuio,  
En sí se hincha, crece, gime y brama,  
Y en poderosas rocas quiebra y rompe,  
Su furia defatada, y no fosiiega,  
En tanto que los vientos no reprimen,  
La fuerça de sus soplos, y se muestran,  
En sossegada calma reportados,

Afsi

Afsi estos brauos baruaros feroces,  
Que los suyos alentando les dezian,  
Que de los prestos arcos despidiessen,  
De flecha tanta suma como fuele,  
Llouer y granizar el alto Cielo,  
Espesas gotas de agua y de granizo,  
Con cuiá braua fuerça mal heridos,  
Dexaron à Quefada, y al Alferez,  
Carabajal, y buen Antonio Hernandez,  
A Francisco Garçia, y à Liçama,  
En este medio tiempo fue poniendo,  
Afencio de Archuleta firme al pecho,  
La coz del arcabuz, y fue tomando,  
La brujula y el punto de manera,  
Que sin saber por donde, o como fueffe,  
Atrauesò con quatro brauas balas,  
Al mayor camarada, y mas amigo,  
Que jamas tuuo el pobre en esta vida,  
O diuino pastor y como arrojas,  
Tu muy santo cayado y le endereças,  
Para la oueja triste desmandada,  
Que lejos del rebaño à su aluedrio,  
Muy largo trecho vemos se remonta,  
Cuió castigo justo bien nos muestra,  
El infelix Salado pues que viendo,  
Ocho mortales bocas respirando,  
Por sus espaldas, pechos, y costados,  
Encogiendo los hombros y los ojos,  
Al lebantado Cielo desplegando,  
Afsi esforçò la boz à Dios el pobre,  
Señor dos años ha que no confiesso,  
Por mas que mis amigos me han rogado,  
Conozco mi Señor que te he ofendido,  
Y solo te suplico que me aguardes,  
A que limpie las manchas que manchada,  
Tienen el alma triste redimida,  
Por la preciosa sangre que vertiste,

Sabi-



Sabida la desgracia luego vino,  
El Sargento mayor à mucha priesa,  
Y porque confesase luego quiso,  
Que seys buenos soldados le bajasen,  
Y entendido por el aquel focorro,  
Alli le suplicò con muchas veras,  
Que pues à solas siempre auia ofendido,  
A Dios nuestro Señor, que le dexassen,  
Que à solas su remedio procurase,  
Y viendo quan de veras le pedia,  
Dandole gusto en esto con descuido,  
Mandò que con el fuesen los nombrados,  
Pues yendole figiendo dio en vn risco,  
De soberuia caida, donde vido,  
Vn demonio grimoso que le dixo,  
Soldado valeroso, si pretendes,  
Salir triunfando desta triste vida,  
Arrojate de aqui, que yo en las palmas,  
Sustentare tu cuerpo, sin que pueda,  
Recebir detrimento en parte alguna,  
Oyendo aquesto el triste baptizado,  
Turbado de temor y de rezelo,  
Asi le respondio cobrando esfuerço,  
Vete de aqui maldito, no me tientes,  
Que foy de Dios soldado, y si he seguido,  
Tus banos estandartes, ya no es tiempo,  
De tanta desbentura, y reboluiendo,  
Las fatigadas plantas fue tomando,  
El camino derecho, y fue bajando,  
Al pauellon del Padre, donde luego,  
Que confesò sus culpas, y fue abfuelto,  
Alli quedo sin alma y sin sentido,  
Vendigante los Angeles Dios mio,  
Que asi las llagas curas, y nos muestras,  
Que quando mas afliges y deshazes,  
Al miserable cuerpo que nos diste,  
Que entonces viue el alma y se lebanta,

Para

Para la fuma alteza y excelencia,  
Que à todos nos espera, y nos aguarda,  
Y porque a mas andar se va encendiendo,  
La fuerça de batalla, y yo me fiento,  
Sin fuerças ni valor para seguirla,  
Quiero parar aqui para escreuirla.

CANTO TREINTA Y VNO.

*COMO SE FVE PROSIGVIENDO LA BATALLA, HASTA  
alcanzar la victoria, y como se pegó fuego à todo el  
pueblo, y de otras cosas que fueron  
sucediendo.*

**S**IEMPRE la preuencion y diligencia,  
Haftuta vigilancia, y el cuidado,  
De no perder jamas vn solo punto,  
Estando en la batalla el buen guerrero,  
Es lo que mas encumbra, y mas lebanta,  
El claro resplandor, y la grandeza,  
De los heroicos hechos hazañosos,  
Que asi vemos emprende y acomete,  
Con cuias buenas partes el Sargento,  
Pero Sanchez Monrroi, Marcos Garcia,  
Martin Ramirez, y Christoual Lopez,  
Iuan Lucas, Iuan de Olague, y Cabanillas,  
Iuan Catalan, Zapata, y Andres Perez,  
Francisco de Ledesma, y el buen Marquez,  
No tienden apañando con mas ayre,  
La corba hoz los diestros segadores,  
Quando apriesa añudan sobre el braço,

Vna